



Con ocasión de la asamblea-congreso de UCD de Andalucía, el presidente Suárez se reunió con los gobernadores de las ocho provincias andaluzas, reunión a la que asistió también el ministro del Interior, señor Rosón.

nistró la radio y la televisión. Un día se encontró con que sucedía algo muy especial: era el mes de mayo de 1968. Como Caetano se encontró un día con unos claveles en las bocas de los fusiles del Ejército portugués: un 25 de abril.

LA historia se retrasa, pero no se contiene. El proceso de la vida continúa por debajo de todas las formas adoptadas para paralizarlo. UCD y Suárez parecen en estos momentos decididos a una impermeabilización: ya están recubriendo con pez los gruesos desgarrones causados por el debate. Apenas el presidente dijo que iba a inaugurar una nueva manera de gobernar cuando todo empezó a ser exactamente igual, aburridamente igual que antes.

CON las mismas palabras, con los mismos hechos: es decir, con la continuidad de una política que se va apartando cada vez más del centro perdido en los lejanos y vagos orígenes de UCD para adentrarse en el terreno de la derecha, que se acentúa a cada acto de gobierno.

VA a poder llegar, así, al final de la legislatura? Dentro de la lógica, todo parece indicar que no. Va a tener que pactar, quizá, con la derecha parlamentaria que ahora se le hace renuente; va a tener que reforzar, de día en día, los poderes de la derecha extraparlamentaria en la que se apoya. La posibilidad de convocar unas elecciones anticipadas no está, naturalmente, en esa idiosincrasia: hay que llegar a toda costa a las normales.

EL problema que se plantea ahora es el de saber qué podrá hacer UCD en este tiempo si ve que sus posibilidades electorales la van abandonando cada día más. Cambiar de votantes no parece fácil: estuvo sostenida por una mayoría burguesa, pero esa mayoría burguesa se le va de las manos. Parece que UCD se dedica con verdadera fatalidad a castigar a su clientela. Es a esas clases medias a las que va a parar el grueso de la fiscalidad: a los que habían conseguido un cierto puesto confortable en la sociedad a los que alcanza la crisis. Se les castiga con una retracción en su consumismo, con una crisis en sus empresas, con un salto atrás en sus libertades.

LA izquierda está haciendo todo lo posible por conquistar esa clientela que se le va de las manos a UCD. ¿Todo lo posible? Todo lo que sabe, todo lo que puede. No resulta demasiado.

EL problema será que todos estos castigados de la clase media, más los desesperados de otros sectores, no vayan a engrosar las filas de un cierto fascismo. Que no se repitan las condiciones de la República de Weimar.

LoS
CoNteM
poRa
nEOs

ELECTORALISMO

AHORA acusamos a Giscard d'Estaing de "electoralismo": al poner dificultades al ingreso de España en el Mercado Común buscaría los votos del campesino francés que no quiere la concurrencia con la huerta española. También acusamos a la Comunidad de convertirse en una reunión de mercaderes, en lugar de considerar los valores espirituales. Los españoles nos ponemos muy raros cuando algo nos da rabia y decimos abundantes tonterías. Pretender que una organización que lleva el nombre de Mercado no sea una cuestión de mercaderes es volver a los tiempos en que como no teníamos nada que ofrecer, nos presentábamos como la reserva espiritual de Europa. Y vaya reserva que éramos. Todavía andan por ahí los reservistas envenenándolo todo.

El electoralismo es la condición por la cual un político toma actitudes que le pueden hacer ganar votos. Hay varias formas de ganar votos. Una de ellas es falsificando las elecciones. Es muy conocido en el Tercer Mundo y no parece recomendable. Otra es convenciendo a los electores de que lo que uno ofrece es lo mejor para ellos, aunque no sea verdad. Verdad y convencimiento se pueden fabricar, sobre todo, cuando el que trata de beneficiarse de ello dispone de ciertos medios: de propaganda, de publicidad, de lo que los franceses llaman "bourrage de crâne". La tercera forma de ganar votos es saber qué es lo que quiere la mayoría de la opinión pública y ofrecerse a hacerlo; incluso tratar de hacerlo. A esto se le llama, despectivamente, electoralismo.

En España, siendo imposible por ahora la primera fórmula, y después de haberla experimentado durante algunos años, se prefiere la segunda: la fabricación de la opinión pública. Las personas que tienen un poder o aspiran a él parten de sus propias premisas y tratan de imbuirlas en la gente. Es un camino indudablemente posible y seguramente rentable.

Pero no está claro por qué se ha de despreciar la tercera vía: ha de recoger la inspiración de los sectores de opinión pública. Teóricamente, el político es alguien emanado de un sector de la sociedad, sector al que representa: sobre todo si ese grupo le delega, le elige. Si no quiere perder sus votos y se cree capacitado para continuar representándole, tendrá que ir por el camino que marca. Llamar a eso electoralismo parece una injusticia.

Lo realmente grave es tratar de representar a un sector, ofrecerle una doctrina política, económica y filosófica; ganar su voluntad y su representación en unas elecciones y luego, cuando se alcanza esa representación, cambiar de dirección.

El control del gobernante, el del político en general, es el voto. En el principio está el voto. El gobernante que trata de ir por un camino distinto a aquel por el que ha sido elegido, el que no cumple sus promesas porque no sabe o porque no puede, sabe que en un momento de su carrera puede enfrentarse otra vez con las urnas, que no le van a perdonar. Es el voto el que debe hacer al político, no el político al voto. ■

POZUELO